

CAPÍTULO XIII

CARLOMAGNO

TODAS las grandes cosas realizadas por tres generaciones de héroes y por un siglo de progreso vienen a culminar por fin en un hombre que las resume y las corona. Desde largo tiempo atrás la Providencia arrojaba en su crisol los mejores elementos de la raza franca y hacía salir de él tipos cada vez más notables, hasta que sacó finalmente el ejemplar más completo y acabado, el hombre que lleva este nombre, único en la historia: Carlomagno.

Este personaje sin igual, el más ilustre de todos los reyes cristianos, llena toda su época y forma él solo un siglo. Su asombrosa superioridad se debe, no a la preponderancia excesiva de ninguna facultad especial, como ocurrió en muchos otros hombres ilustres, sino al equilibrio armónico de todas, reunidas en grado sumo en la misma persona. Tal parece ser la naturaleza especial de su genio, que en nada se sale de la medida y en todo despliega una grandeza sostenida e indefectible. Sobresale lo mismo en las artes de la guerra que en las de la paz, y se muestra siempre superior a su fortuna. Ante todo, posee estas dos cualidades esenciales del hombre de Estado: la previsión en el golpe de vista y la firmeza de mano; su inteligencia es inmensa y su voluntad invencible. No hay ninguna necesidad social que no haya entrevisto o intentado satisfacer; a aquel gran espíritu, abierto a todas las ideas, le apasionan por igual la administración, la legislación, la instrucción pública, las artes, las letras, el comercio y la industria.

Su pensamiento se mueve con calma imperturbable en medio de un mundo de preocupaciones tan diversas, y no se deja agobiar por su peso ni perturbar por su multiplicidad. Cosa rara aun entre las inteligencias más poderosas: Carlomagno ve a la vez el conjunto y los detalles todos, y no hay nada que le parezca que está por encima ni por debajo de su genio. Desde el campamento de Heristal, en plena guerra de Sajonia, le vemos seguir con Alcuino su correspondencia sobre problemas de astronomía. Mientras hace la división administrativa de su Imperio, o traza el programa de los estudios

superiores de la nación, determina en una de sus capitulares las especies de plantas que se han de cultivar en sus jardines, y regula la manera como los niños han de aprender a cantar los salmos en las escuelas. Todo lo que emprende lo prosigue con un ardor que no disminuye mientras no logra el fin; no empieza nada que no termine, y, aun cuando esté acostumbrado a llevarlo todo de frente, cuida de cada cosa como si no se ocupase más que de ella.

En un reinado que duró cuarenta y siete años, llevó a cabo cincuenta y tres expediciones militares, la mayoría de las cuales dirigió él en persona; empleó ocho años en la guerra contra los ávaros y treinta y tres en la que hizo contra los sajones. Sólo él ha promulgado más leyes que todos sus predecesores reunidos, tanto los merovingios como los príncipes de su familia. La vejez, que de ordinario lleva consigo el cansancio y el desaliento, ve crecer y aumentar la energía de Carlomagno; casi toda su actividad legislativa se desarrolla en los últimos años de su carrera, después del 800. Nada se afloja en este hombre de acero; su mirada se conserva penetrante y su brazo queda vigoroso hasta el fin; podría decirse que baja de pie al sepulcro.

La vida privada de Carlomagno representaba, como su vida pública, la grandeza unida a la sencillez; en las relaciones con sus semejantes mantenía, con la serenidad inalterable de una fuerza que se siente señora de sí y del mundo, aquella dulzura de costumbres que el cristianismo empezaba a hacer penetrar, por decirlo así en la sangre bárbara. Gran conocedor de los hombres, a los que adivinaba con perspicacia maravillosa, sabiendo hacerse obedecer, sin desdeñar el ser amado, e inspirando a todos aquellos que se le acercaban una admiración sin límites, había nacido para reinar y para marcar con sello profundo la sociedad informe y maleable puesta en sus manos. Este poderoso obrero de Dios era, con todo, un hombre, es decir, un pecador, aun cuando un falso cálculo de la política haya hecho que en la Edad Media le levantaran altares un emperador y un anti-papa. Sin embargo, si hay que lamentar que, en menoscabo de su gloria, no haya dominado siempre los instintos de sensualidad, él, que todo lo dominaba, hay que confesar que por lo menos nunca violó las leyes sagradas del matrimonio, y que en su larga carrera no se dejó arrastrar más que una sola vez a un acto de crueldad. Sobrepujo a Constantino y Clodoveo no sólo por el genio, sino también por la virtud, y, a pesar de sus debilidades, es justo saludarle como el verdadero prototipo del monarca cristiano.

Carlomagno llegaba a tiempo, no para innovar o reformar —ya

hemos visto que sus predecesores lo habían hecho todo en ese aspecto—, sino para continuar y coronar la obra que había empezado de acuerdo con la Iglesia. Fué en todo el heredero de los Pipinos y de los Bonifacios; luchó contra los mismos enemigos que ellos, corrigió los mismos abusos, protegió los mismos intereses y persiguió su mismo ideal. Como hemos visto, anteriormente a él la dinastía carolingia había restablecido ya la unidad política del pueblo franco, reducido a obediencia a las naciones vasallas, inaugurado el renacimiento de la vida intelectual y contraído con el Pontificado la alianza fecunda que había de vivificarlo todo. Pero estaba reservado a Carlomagno tomar todas estas obras en el punto en que las habían dejado sus predecesores y darles un impulso tan vigoroso que alcanzaron el escalón superior de su desarrollo. Todo era provisional e incompleto a su advenimiento, pero todo quedó definitivo y cumplido cuando él murió: su reinado fué el esfuerzo más concienzudo y considerable que haya hecho sociedad alguna en el camino de la civilización. El juvenil entusiasmo por el bien, que aun en plena vejez no cesó de animar al monarca, parecía haberse comunicado a todo su pueblo. El mundo no debía ya ver otra época en que el progreso tuviera una marcha tan enérgica y tan arrebatadora. Tan raro espectáculo merece que se le contemple de cerca.

La primera labor que se imponía al hijo de Pipino el día en que se vió como heredero único del vasto imperio franco fué la de darle, por fin, la cohesión que siempre le había faltado. Los primeros carolingios habían castigado las rebeliones de los pueblos vasallos, pero la sumisión de éstos continuaba siendo precaria, ya que no se les quitaban los medios de rebelarse de nuevo. Ya hacía dos siglos que los francos solían vencerlos, pero no llegaban a dominarlos; cada vez que se presentaba ocasión propicia, levantaban la cabeza, y los resultados todos de la conquista quedaban otra vez en cuestión. Carlomagno puso fin a estas largas vicisitudes, igualmente desastrosas para vencedores y vencidos; se esforzó, sobre todo, en extirpar el principio de las rebeliones, no vacilando, cuando fué necesario, en suprimir la existencia nacional de los pueblos sublevados, o por lo menos en quitarles las instituciones que eran su signo. Así fué como Baviera y Aquitania, estos dos rebeldes recalcitrantes del Imperio, perdieron sus dinastías ducales, viéndose reducidos al papel de simples provincias, después de haber combatido durante tanto tiempo contra la dominación franca para defender su independencia. La política de Carlomagno hacía de los pueblos vasallos pueblos dominados y sumisos.

Carlomagno desplegó la misma energía frente a las naciones ex-

tranjeras que tuvo que combatir; jamás se contentó con victorias que no fuesen conquistas, y nunca consideró como definitiva una conquista en tanto no había culminado en verdadera pacificación. Para obtener este resultado, volvía a la carga veinte y treinta veces, con tenacidad nunca bastante admirada, hasta acabar enteramente con las últimas resistencias. Es el primero entre los soberanos modernos que ha hecho maniobrar a la vez muchos ejércitos; en su constancia inquebrantable es donde hay que buscar el secreto de sus admirables y duraderos éxitos militares. Las tribus sajonas vieron hundirse su antigua constitución republicana, y hubieron de doblar la cerviz bajo el báculo y la espada; los lombardos se encontraron obligados a colocar la corona de hierro sobre la cabeza del rey de los francos; la nación salvaje de los ávaros fué borrada del mapa del mundo y ahogada en cierto modo en la civilización europea. En cuanto a los enemigos que no tuvo tiempo de dominar, Carlomagno no se contentó con tenerlos a raya, sino que los hizo retroceder ante él, penetró hasta ellos y plantó en su propio territorio —en Dinamarca y en España— los estandartes de la civilización cristiana. Bajo sus órdenes parecía que los francos se habían hecho invencibles; le bastaba aparecer para vencer, y los únicos reveses sufridos por sus armas no alcanzaron más que a sus capitanes.

Como resultado de sus grandes expediciones, Carlomagno se encontró a la cabeza de un Imperio que se extendía desde el Ebro hasta el Elba y desde el Garellano hasta el Eyder; aunque estaba formado por multitud de pueblos diversos y desprovisto casi por todas partes de fronteras naturales, era desde el punto de vista militar, un todo macizo y compacto, de solidez y cohesión notables. La defensa de este vasto cuerpo estaba organizada con el mayor cuidado; con el nombre de *marcas*, los condados de la frontera, mandados por guerreros escogidos, formaban una cadena de puntos fortificados que corría en torno al Imperio, y presentaba a sus enemigos una línea profunda de defensa donde la vigilancia no cesaba jamás. Los puertos de mar y las desembocaduras de los ríos, infestados tan a menudo por flotillas escandinavas, se erizaron de fortificaciones, y en adelante los piratas pasaron temblando ante las costas francas, donde siempre encontraban miradas dirigidas hacia sus tentativas. Se tomaron precauciones análogas en lo referente al continente, en donde la vasta abertura formada por las bajas llanuras de la Alemania septentrional favorecía el paso de todos los invasores que llegaban del Norte y del Este. La sumisión de los sajones cerró de manera definitiva esta puerta por la que, desde hacía

ya siglos, se habían acostumbrado los bárbaros a lanzarse sobre el Occidente. Además, como los normandos eran en esta región vecinos especialmente temibles para el Imperio, Carlomagno puso entre ellos y los sajones, mal sometidos aún, al pueblo eslavo de los obotrites, del cual había llegado a hacer un aliado fiel, y que más de una vez derramó valerosamente su sangre por él.

Rodeada así de una muralla viva de defensores bien probados, la civilización occidental se desarrollaba bajo la protección de una fuerza benévola e ilustrada que se consagraba por entero a su servicio. Armado con la terrible espada del pueblo franco, el poderoso Emperador recorría a grandes pasos el vasto dominio del que la Providencia le había constituido guardián, arrastrando tras sí al valiente ejército formado en la excelente escuela de Carlos Martel, cuyas victoriosas banderas habían ondeado en todos los países de Europa. Los confusos clamores de la barbarie se acallaban al aproximarse aquel gran hombre, y, aun más allá de las fronteras, parecía que bastaba su mirada para que huyesen los enemigos del nombre cristiano.

No hay necesidad de decir que este inmenso Imperio, edificado a costa de tantos sudores, era esencialmente pacífico. Todas las guerras de Carlomagno tenían por fin la paz, y no hizo ninguna que no fuese indispensable para la tranquilidad del mundo. Jamás fué la espada en manos de los hombres instrumento más poderoso de civilización. La Iglesia, con tanta razón como en tiempos de Clodoveo, podía decir que triunfaba en todos los sitios en que el rey de los francos obtenía la victoria, pues las conquistas de Carlomagno eran, como ha dicho Bossuet, la dilatación del reino de Dios; los misioneros marchaban tras sus soldados por los matorrales de Sajonia y por las llanuras del Danubio, y plantaban la cruz de Jesucristo en todos los lugares en que encontraban rastros del paso de los francos. Carlomagno prestaba a su vez a este apostolado el concurso más poderoso; principalmente bajo su patronato trabajaron los Lebuinos, los Liudgerios y los Willehados, herederos de San Bonifacio cerca de la única nación del Imperio que aún continuaba siendo pagana, y ocho obispados fundados entre las tribus sajonas organizaron y afirmaron definitivamente la instalación espiritual de la Iglesia. Conviene consignar aquí los nombres de estos centros de apostolado y civilización, que fueron: Osnabruck, Verden, Bremen, Paderborn, Minden, Halberstadt, Hildesheim y Munster.

Por lo demás, el Evangelio no tenía necesidad de los rigores de la ley civil para establecerse en los corazones. Sajonia acogió y amó a Jesucristo en cuanto lo conoció. Multitud de sus guerreros siguió es-

pontáneamente el ejemplo de Witikindo, bajando juntos a la piscina bautismal, y ni el cristianismo ni la civilización tienen por qué avergonzarse del modo como tomaron posesión de este noble pueblo. En suma: los sajones fueron tratados con dulzura por un conquistador que quería hacerles partícipes de los beneficios de la vida social, llamándoles a ser miembros y no súbditos de su Imperio. Conservaron su antiguo derecho; se les dieron, para que los gobernasen, condes de su raza, y el mismo Witikindo, que había dado tanto trabajo a su vencedor, envejeció pacíficamente y rodeado de honores en medio de su pueblo.

No hay quizá ningún terreno en donde la acción de Carlomagno no se haya mostrado benéfica. Menos de un siglo después de la conquista, Sajonia no cedía en civilización a ninguna provincia del Imperio franco, y en la crisis por que entonces atravesó el mundo occidental, ella fué la que salvó a Alemania, dándole una dinastía cuyo representante más glorioso había tomado por modelo al vencedor de su patria. Su fe debía ser bien sincera y ardiente, puesto que, apenas convertida, hacía brotar de su corazón un poema como la *Heliantia*, que ha llegado a ser, por decirlo así, su epopeya nacional: obra tan pura y tan cristiana en su inspiración como los cantos con que el poeta Caedmon había encantado a los espíritus de los sajones del otro lado del mar. Hay que ver con qué entusiasmo habla del ilustre Carlos un hagiógrafo sajón del siglo ix: "Es —escribe— un príncipe incomparable, nuestro bienhechor y, lo que es más, nuestro apóstol, aunque nos haya predicado con lengua de hierro; nos ha arrancado del yugo del demonio y nos ha dedicado a Jesucristo, quien estamos seguros que le habrá recompensado por ello"¹. He aquí testimonios que hay que tener en cuenta cuando se quiere examinar el papel de Carlomagno respecto al pueblo sajón, apreciándolo con la debida justicia.

La fe cristiana se propagaba hacia la misma época, aunque con menos rapidez entre los ávaros, la otra nación pagana incorporada al Imperio franco; las sedes arzobispales de Salzburgo y de Aquileya, en donde Carlomagno había colocado hombres de gran mérito, se convirtieron en puntos de partida de la propaganda apostólica en aquellas regiones; los misioneros tuvieron el consuelo de derramar el agua bautismal sobre la cabeza de muchos príncipes ávaros, y no sin admiración leemos en los documentos contemporáneos los nombres cristianos de Teodoro y de Abraham usados por los Kha-Kha-

¹ *Translatio Liborii*, c. 5, en *M. G. H. SS.*, tomo IV, pág. 51.

nes¹. Así, detrás del conquistador, la civilización entraba victoriosa en aquellas llanuras históricas, en medio de las cuales tres siglos antes el *Azote de Dios* meditaba la destrucción del mundo cristiano.

Estos resultados, tan hermosos como duraderos, se debían a la alianza de los dos poderes sociales. Carlomagno facilitaba los progresos del Evangelio, el Evangelio conquistaba súbditos a Carlomagno, y la civilización ganaba a la vez con los trabajos del misionero y con los del hombre de Estado. En esta noble empresa de educar a los pueblos, los papeles se dividían naturalmente de acuerdo con la fórmula del cristianismo; el ministerio de las almas quedaba reservado al sacerdote, representante de la Iglesia, y el Estado velaba a su lado como protector poderoso que no permitía que la violencia pusiese trabas a la obra de salvación.

Carlomagno cumplió con energía su misión, castigando severamente los principales actos de barbarie. En las capitulares que dió a Sajonia prohibió bajo pena de muerte el matar a un sacerdote, quemar una iglesia, ofrecer sacrificios humanos y entregarse a la antropofagia; eran bien legítimas estas prohibiciones, y muy necesario el rigor de los castigos que les servían de sanción. Pero la impaciencia del legislador le arrastró más lejos; en vez de dejar al tiempo el cuidado de madurar los frutos que iban creciendo, quiso acelerar el trabajo de la gracia, introduciendo a la fuerza en el seno de la Iglesia a los bárbaros que se trataba de convertir, y en los primeros tiempos hizo obligatorio el bautizo para los vencidos. En esta culpa hay que ver el error excusable de un hombre de Estado, y no atribuirle al celo ciego de un fanático. Sólo la iglesia tenía derecho a quejarse de esta medida que profanaba un instrumento de salvación, haciéndolos servir para fines políticos, y ella levantó la voz para recordar al convertidor seglar que la fe no se impone, y que era comprometer la religión eso de arrastrar al bautismo a paganos recalcitrantes.

Se elevaron en esta ocasión protestas generosas por parte de Alcuino y de su amigo San Paulino de Aquileya. Censuran éstos el empleo de la coacción; invocan la autoridad de San Pablo y de San Agustín contra las medidas de rigor, y reproducen así, con dos siglos de intervalo, las exhortaciones de San Gregorio Magno. De esta suerte, es grato oír siglo tras siglo cómo se afirma la tradición de la Iglesia acerca de la libertad del alma humana². Alcuino se queja

¹ Ann. Einhardi, 805; Ann. Juvav. Maj., supl., a. 805 (Pertz).

² ALCUIN., Epist., 68: Non coacti aut inviti trahantur ad baptismi lavacrum.

Ibid., 69: Fides quoque, sicut sanctus ait Augustinus, res est voluntaria, non necessaria. Adtrahi poterit homo in fidem, non cogi. Cfr., Ibid., 71 (Jaffé).

hasta de que se exijan los diezmos a los recién convertidos; esto es, según él, hacerles el yugo más pesado y comprometer el éxito de la evangelización¹. Todo nos inclina a creer que Carlomagno se conformó con las exhortaciones de estos consejeros íntimos, al menos en lo que tenía de esencial, pues la obligación del bautismo desapareció muy pronto de las capitulares de Sajonia, y la Iglesia pudo acabar en paz la educación de los últimos germanos que quedaban por convertir.

Pero tantos progresos realizados entre los pueblos sometidos al Imperio franco no bastaban ni al ardor de los misioneros ni al genio de Carlomagno; los predicadores del Evangelio se estaban esparciendo ya entre los eslavos, tanto en el Norte como en el Sur; los carentanos, los wendos y los wilzos veían surgir la luz ante ellos, y mientras que esta familia de pueblos recibía del Occidente los primeros rayos de la fe, el celo infatigable de la Iglesia en buscar almas llegaba a su vez hasta alcanzar a los mismos escandinavos. El obispado de Bremen se convertía en foco de los misioneros del Norte; la exploración de los países escandinavos y de sus islas estaba a la orden del día, y, desde el fondo de su celda de Tours, Alcuino se informaba de si había alguna esperanza de asistir pronto a la conversión del pueblo danés². ¡Cuántas desgracias se hubieran evitado a la Europa occidental, si estas generosas tentativas, inauguradas bajo el reinado de Carlomagno, hubieran gozado de protección más eficaz por parte de él, y si los normandos hubiesen podido ser convertidos desde principios del siglo IX! De todos modos, es un espectáculo bien hermoso el de una civilización apenas naciente y que, con ímpetu poderoso, se desborda sin cesar por encima de sus fronteras para abarcar a todo el género humano. Se da a conocer aquí la savia de una vitalidad que se siente segura de un largo porvenir, y cuya fuerza creadora no teme agotarse al prodigarse.

En efecto, la sociedad franca despliega en esta época en todas direcciones un vigor admirable; constituye una vasta unidad moral e intelectual, cuyo vínculo en el orden espiritual lo forma la religión y cuyo centro en el orden político es la poderosa personalidad de Carlomagno; es una unidad viva que no se confunde con la uniformidad ni excluye la variedad. Carlomagno no había creído que fuese necesario, para crear su Imperio, desmenuzar sin compasión

¹ ALCUIN., Epist., 64: Esto praedicator pietatis, non decimarum exactor... Decimae, ut dicitur, Saxonum subverterunt fidem. Ibid., 69: Si tanta instantia leve Christi jugum et onus suave

durissimo Saxonum populo praedicatur cuanta decimarum redditio... exigebatur, forte baptismatis sacramenta non abhorrent. Cfr. Ibid., 67 y 71.

² Ibidem, 13 (Jaffé).

todas las nacionalidades, y reconstituir con sus restos, con arreglo a un plan artificial, un edificio cosmopolita. Se había servido de los materiales que tenía a mano, pero guardándose de mutilarlos y respetando sus formas de vida. Veinte naciones diversas se reunían allí sin chocar entre sí, y más de una se habría sentido poco a gusto si el fundador del Imperio no hubiese tenido en cuenta, muy profundamente, sus preocupaciones y sus intereses, pues este Imperio era una agrupación de pueblos y no una aglomeración de individuos.

En este Imperio, los francos, enarbolando el título de la unidad carolingia, aparecían como el núcleo alrededor del cual venía ella a concentrarse, y de la que era, si puede decirse así, el medio dinástico. Al lado de los francos, los borgoñones, sus vasallos más antiguos, participaban de su vida y se habían identificado casi enteramente con ellos hasta el punto de que podía considerárseles como el tercer grupo constitutivo de su nacionalidad. Aquitania y Baviera, aunque despojadas de sus dinastías, habían conservado por lo menos la conciencia de su individualidad nacional, y se distinguían claramente por un conjunto de tradiciones que les eran propias. Lo mismo sucedía, con mayor razón, con la Italia lombarda, que, caída bajo el yugo del monarca franco, no consentía en soportar el de su pueblo. En fin, en las extremidades montañosas de las Galias —en las gargantas de los Pirineos y en los eriales areniscos de la Armórica—, los vascos y los bretones formaron dos grupos muy compactos que se dejaban subyugar, pero no absorber.

En este conjunto, tan diversamente compuesto, había muchas nacionalidades a quienes satisfacer, muchas susceptibilidades que tener en cuenta y muchos intereses que conciliar. Tanto vigor como puso en dominar las provincias recién conquistadas, otro tanto puso de dulzura y moderación en gobernar a aquellas que no provocaban ya, con sus rebeliones, los rigores de su poder. Rara vez un hombre de Estado ha hecho más concesiones oportunas al sentimiento nacional de los pueblos sometidos; su conducta para con Italia fué particularmente notable; la conquista no impuso a este pueblo más que un cambio de dinastía, pues los lombardos continuaron formando, nominalmente, un reino, tuvieron administración y legislación propias, y, para que nada faltase a su aparente autonomía, recibieron por virrey a un hijo del mismo conquistador. Todo hace creer que vivieron más felices en el reinado de Carlomagno que bajo sus reyes turbulentos y altaneros, pues un patriota italiano llegó a escribir que Carlomagno había hecho que Italia volviese a

ver el esplendor de sus hermosos días de otro tiempo¹. Aquitania se vió a su vez dotada con un gobierno para ella, a cuyo frente se puso a otro hijo del rey franco. Los vascos y los bretones conservaron sus duques, que les eran demasiado queridos para quedarse fácilmente sin ellos, y muy poco peligrosos para significar amenaza alguna. El mismo privilegio fué dejado a los ducados lombardos de Espoleto y de Benevento. En una palabra: a todas las unidades nacionales cuya existencia era conciliable con la unidad del Imperio, Carlomagno las dejó vivir y hasta les rindió homenaje público concediéndoles gobiernos locales; sólo que, indudablemente, los virreyes y los duques no eran en su mano más que los instrumentos de su voluntad soberana, a la que no se hubieran resistido impunemente.

Así, en lugar de hacer pesar sobre todos estos pueblos una autoridad uniforme, que no hubiera tenido en cuenta para nada sus necesidades especiales y sus aspiraciones particulares, Carlomagno gobernaba a cada uno como lo hubiera hecho su soberano nacional y hereditario. En todos ellos dejó subsistir los elementos constitutivos de su existencia política: la lengua y el derecho; y, si los enmendó, fué para perfeccionarlos y no para destruirlos. La diversidad de códigos y de idiomas que se nota en su Imperio no es un hecho que haya soportado Carlomagno a pesar suyo, sino que puede decirse que lo quiso, y no hay un rasgo en toda la historia de su gobierno que le muestre más digno de respeto que esta gran moderación con respecto a las naciones sometidas. Les toleraba fácilmente sus particularidades con tal que se conformaran a los principios generales de la civilización; pero acerca de esto último no sufría ni contradicción ni resistencia.

Si descendemos al detalle cotidiano de las relaciones de su gobierno con los pueblos, se ve reinar en ellos el mismo espíritu político, mezcla de justicia, de prudencia y de firmeza. No existía ley alguna que fijase los límites del poder, pero el mismo Carlomagno se los fijó, y supo respetarlos. Lo hacía todo por sí, pero no hacía nada él solo; asoció a su pueblo a su actividad legislativa, y todas sus leyes fueron la expresión del acuerdo existente entre el soberano y los súbditos. No tomó ninguna medida que fuese contra las aspiraciones públicas, y, lo que es más, ninguna que no tuviese por objeto darles satisfacción. Su espíritu es el que ha dictado a uno de sus precursores esta hermosa fórmula: *Lex consensu populi fit et*

¹ *Praesentem diem per ejus adjutorium splenduit Italia sicut fecit antiquissimis diebus. Script. Langob. et Italic. (M.G.R.), pág. 11.*